

(AÑO 1095 DE JESUCRISTO.)

PRIMERA CRUZADA.

A CIA el fin del siglo XI, fué cuando comenzaron las cruzadas, es decir, las guerras emprendidas para librar la tierra santa del yugo de los mahometanos. Los emperadores de Oriente, á quienes los infieles habian despojado de sus mas bellas posesiones, y en particular de la Palestina, imploraban mucho tiempo hacia, el socorro de los latinos. Para lograrlo, era necesario que á sus instancias se uniese un motivo de religion. Habiendo hecho una peregrinacion á Jerusalem, un sacerdote de la diócesis de Amiens, Pedro el Ermitaño, quedó sensiblemente afligido de ver á los santos lugares profanados por los infieles. Conferenció con Simon, patriarca de Jerusalem; y en las conversaciones que tuvieron sobre este objeto, concibieron el designio de librar á la Palestina de la servidumbre en que gemia, ya hacia largo tiempo. Convinieron en que el patriarca escribiera al papa; y que Pedro, llevándole la carta, procuraria hacerle aprobar este proyecto. Pedro en efecto se dirigió á Italia é hizo al papa Urbano II una pintura viva del estado deplorable en que se hallaba la tierra santa. Urbano, que por esto se sintió vivamente conmovido, resolvió obligar á los príncipes cristianos á que reuniesen sus fuerzas para librarla: propuso una dieta en Clermont, en donde se reunieron muchos príncipes. Habló allí de

una manera tan patética, que los asistentes derramaron lágrimas, y exclamaron todos á una voz: *Dios lo quiere.* Estas palabras, que todos repitieron como por inspiracion, se tuvieron por un pronóstico feliz, y vinieron á ser despues un grito de guerra. El mayor número de los que estaban presentes, se obligaron á esta expedicion, y tomaron por señal de su compromiso una cruz de tela roja, cosida sobre el hombro derecho; por lo que se les dió el nombre de cruzados. Al mismo tiempo los obispos predicaron la cruzada en su diócesis, con un éscito que escedió á sus esperanzas. Pedro el ermitaño recorria las provincias para animar los espíritus á esta grande empresa: su celo, su desinterés y su vida penitente, le daban el aire y autoridad de un profeta. Bien pronto se puso todo en movimiento en Francia, en Italia y en Alemania. Entre los grandes y en el pueblo, se advirtió igual empeño para tomar la cruz: se vió con admiracion que las enemistades y las guerras particulares que entonces habia en todas las provincias, cesaron repentinamente: parecia que la paz y la justicia habian vuelto sobre la tierra para preparar los hombres á la guerra santa. Entre los señores franceses que se alistaron á la cruzada, los mas distinguidos fueron Gofredo de Bullon, duque de Lorena; Hugo el Grande, conde de Vermandues; Reymundo, conde de Tolosa; Roberto, conde de Flandes; y Roberto, duque de Normandia. Héroes de este carácter, eran capaces de hacer la conquista del mundo entero, si hubiese habido mas union entre los gefes, y mas disciplina entre sus tropas. Gofredo de Bullon, que tuvo todo el honor de esta cruzada, reunia en su persona

la prudencia con el ardor de la juventud, y el valor mas intrépido con la mas tierna piedad. Aunque no fué el mas poderoso de los príncipes cruzados, su ejército era el mas floreciente, porque su reputacion habia atraido á sus banderas un gran número de nobles, que tenian por honor aprender en su escuela la milicia. Los cruzados se dividieron en muchas tropas, que tomaron diferentes rumbos para dirigirse á Constantinopla, en donde debian reunirse; mas pereció una gran parte en el camino, porque los cruzados no guardaron ni orden ni disciplina, y se entregaron á toda clase de excesos y de desórdenes.

ESPEDICION DE LOS CRUZADOS.

EL primero que llegó á Constantinopla fué Godofredo de Bullon, porque él fué quien mejor supo sujetar sus tropas, y allí aguardó al resto de los cruzados. Cuando todos se hallaron reunidos, atravesaron el Helesponto, y sitiaron á Nicéa, capital de la Bitinia, para abrirse paso á la tierra santa. Esta ciudad tenia una fuerte guarnicion; pero no pudo resistir los esfuerzos de los sitiadores, y se vió precisada á capitular. Poco despues, los cruzados que habian continuado su marcha, fueron atacados por una innumerable multitud de enemigos: llegaron á las manos; y los cristianos pelearon como leones, obligando á los infieles á salvar su vida con la fuga, despues de haberles hecho una gran carnicería. Esta victoria, sin embargo, no quitó todos los peli-

gros. El ejército cristiano se vió espuesto á todos los horrores de la hambre y de la sed, por haber asolado el país los enemigos. La escasez de víveres, unida á la fatiga de los viages, lo privó de una infinidad de hombres, é hizo perecer á la mayor parte de sus caballos. Llegaron por fin á la Siria, y resolvieron poner sitio á Antioquía, que era una de las mas grandes y mas fuertes ciudades del Oriente. Los enemigos, que ya esperaban este sitio, se habian provisto de todo lo necesario para una larga resistencia; y tenian, á mas de esto, un ejército considerable, preparado á la defensa. El sitio permanecia despues de siete meses, y los cruzados perdian ya la esperanza de la victoria, cuando un feliz acontecimiento los hizo dueños de la plaza. Uno de los principales habitantes de Antioquía tenia un hijo, que fué hecho prisionero en una salida: su padre le amaba tiernamente, y ofrecia por su rescate una suma considerable. El caballero de los cruzados á quien pertenecia el jóven cautivo, lo volvió á su padre graciosamente. Esta generosidad obligó al padre, y formó la resolucion de facilitar á los cruzados la entrada en la ciudad. Despues de esta importante conquista, se alarmó toda la Palestina, y el ejército cristiano avanzó sin obstáculo ácia Jerusalem, que era el grande objeto de esta espedicion. La ciudad podia resistir mucho tiempo: el enemigo nada habia olvidado para ponerla en estado de defensa; pero los cruzados hicieron prodigios de valor, y al fin de cinco semanas la tomaron por asalto, un viernes á las tres de la tarde; circunstancia memorable, por ser el dia y hora en que Jesucristo espiró sobre la cruz. En el primer calor de la victoria,

nada pudo contener á los soldados. Hicieron una gran mortandad entre los infieles, de que la ciudad estaba llena, y la carnicería fué horrible; pero se pasó bien pronto, despues de este arrebato de furor, á los sentimientos de la mas tierna piedad. Los cruzados se despojaron de sus vestidos sangrientos, y fueron descalzos derramando lágrimas, é hiriéndose el pecho, á visitar todos los lugares santificados por los padecimientos del Salvador. Los pocos cristianos que antes habitaban en Jerusalem, daban gritos de júbilo, y rendian gracias á Dios que los habia librado de la opresion. Ocho dias despues, los príncipes y señores se reunieron para elegir un rey capaz de conservar esta preciosa conquista. Recayó la eleccion en Gofredo de Bullon, que era el mas valiente y virtuoso de todo el ejército. Lo condujeron á la Iglesia del santo sepulcro, y allí fué solemnemente proclamado. El piadoso héroe rehusó una corona de oro que le presentaban, diciendo: "No quiera Dios que yo lleve semejante corona en un lugar en donde el rey de los reyes no ha sido coronado sino con una de espinas."

(AÑO 1098 DE JESUCRISTO.)

ESTABLECIMIENTO DE LAS ORDENES MILITARES.

Las cruzadas dieron lugar al establecimiento de las órdenes militares, de las cuales la mas antigua es la de los hospitalarios de San Juan, y subsiste aun hoy, bajo el nombre de los Caballeros de Mal-

ta. La primera casa de esta órden célebre, no era al principio mas que un hospital edificado en Jerusalem para recibir en él á los peregrinos que venian á visitar los santos lugares, y para cuidar á los enfermos. Habia sido fundado por los mercaderes del reino de Nápoles, cuando la ciudad de Jerusalem estaba aún en poder de los infieles. El bienaventurado Gerardo, originario de Provenza, hombre de una gran prudencia y de rara virtud, era el director de este hospital. Cuando los cruzados se hicieron dueños de la ciudad, Gofredo de Bullon, despues de haber tomado posesion de su reinado, como hemos dicho, protegió este establecimiento, y le hizo grandes beneficios. Muchos jóvenes, gentil-hombres que le habian seguido, en su espedicion, edificados de la caridad que allí se ejercia con los peregrinos y con los enfermos, renunciaron el deseo de volver á su patria, y se consagraron á esta buena obra; pero no se limitaron únicamente, como se habia hecho hasta entonces, á los pacíficos ejercicios de la caridad, sino que tomaron las armas contra los enemigos de la religion. Estos eran los bravos guerreros á quienes la piedad de que estaban llenos, y la santa causa que defendian, inspiraban un nuevo valor: fieros y terribles á la vista de los musulmanes, fuera de Jerusalem, eran en el interior del hospital humildes siervos de los peregrinos, austeros para sí mismos, y llenos de una generosa caridad para los otros: no comian mas que pan hecho de la harina mas grosera, y reservaban la mas pura para alimento de los enfermos. A fin de perpetuar este piadoso establecimiento, resolvieron obligarse con votos. El patriarca de Jerusalem aprobó esta

resolucion, y en sus manos hicieron los tres votos de religion, á los que añadieron el de combatir contra los infieles. El papa Pascual confirmó despues este instituto, y le concedió grandes privilegios: formaron, pues, un cuerpo religioso y militar á un mismo tiempo, en el que sin renunciar á los ejercicios de la hospitalidad, hacian una profesion particular de defender á los cristianos contra los insultos de los infieles. Esta nueva orden se multiplicó considerablemente en poco tiempo, y adquirió en todos los reinos de Occidente, bienes inmensos. Muchos jóvenes nobles de todos los paises de la Europa, ocurrieron á alistarse bajo sus banderas. Estos valientes caballeros manifestaron en mil ocasiones su celo y su valor, y llegaron á ser el mas firme apoyo del trono de Jerusalem, mientras subsistió. Despues de la caida de este reinado, que solo duró 96 años, pasaron á la isla de Rodas, en donde sostuvieron contra Solimán, emperador de los turcos, un sitio digno de perpetua memoria. Despues fueron á la isla de Malta, que desde entonces fué el lugar principal de la orden, y la residencia del gran maestre, á quien el emperador Cárlos V cedió la soberanía, y la que despues poseyeron, hasta que la tomaron los franceses, y de ellos pasó á los ingleses.

(AÑO 1120 DE JESUCRISTO.)

INSTITUCION DE LOS PREMONSTRATENSES.

La Iglesia, que acababa de criar en el Oriente una sociedad de héroes religiosos, vió con nuevo con-

suelo formarse en Francia otras muchas órdenes, destinadas á producir bienes de diverso género. Dios mandó á San Norberto para dar en él á los eclesiásticos un perfecto modelo de las virtudes de su estado con el establecimiento de los canónigos regulares, de quienes fué padre. Habia nacido en el ducado de Clevés, y de una familia distinguida por su nobleza: colocado desde joven en el clero, no conoció al principio la santidad de su vocacion. Se le habian conferido muchos beneficios, cuyas rentas empleaba en el lujo y la vanidad; pero Dios, que queria hacer de él un vaso de eleccion, le derribó, como en otro tiempo á San Pablo, para elevarlo mas gloriosamente. Un dia en que Norberto paseaba á caballo en una fértil pradería, sobrevino una grande tempestad, y cayó un rayo á los pies del caballo, que derribado, arrojó tambien al caballero medio muerto. Norberto quedó por mas de una hora privado de sus sentidos; pero al fin, vuelto en sí, exclamó como Saul: "Señor, qué quieres que yo haga." Dios le respondió interiormente, que debia llevar una vida digna del estado que habia abrazado. Entonces varió enteramente de conducta: dejó todo su lujo, y se vistió con un áspero cilicio: renunció todos los beneficios que poseía: vendió su patrimonio, y distribuyó el precio á los pobres, y vino descalzo á encontrar al papa Calixto II, que entonces habia concurrido á un concilio en Reims. El papa le hizo una favorable acogida, y encargó al obispo de Laon, que tuviese cuidado de él. Este obispo, despues del concilio, se llevó consigo á Norberto para Laon, y lo detuvo allí durante el invierno, con el fin de darle tiempo para que restablecie-

se la salud, muy debilitada por sus austeridades. Pero como Norberto le manifestase frecuentemente el deseo que tenia de retirarse á la soledad, el prelado, que queria detenerle en su diócesis, lo llevaba á diversos lugares para que escogiese el que mas le agradase. El santo se detuvo en un lugar muy solitario llamado Premostre, y allí fijó su morada. Bien pronto le atraieron discípulos sus predicaciones y la santidad de su vida: en poco tiempo tenia ya en su compañía cuarenta eclesiásticos, y muchos legos, que todos parecían llenos de su espíritu, y que se esforzaban en imitar sus virtudes. Entonces Norberto pensó elegir una regla; y despues de haber deliberado, durante algun tiempo, se determinó á abrazar la de San Agustin. Todos sus discípulos hicieron de ella una profesion solemne, prometiendo observarla. El santo fundador fué despues á Roma, para pedir al soberano pontífice la confirmacion de su órden. El papa Honorio le concedió lo que deseaba, y Dios bendijo este instituto naciente, que se difundió bien pronto en todo el mundo cristiano. Habia, á la verdad, por todas partes un empeño admirable en abrazar este santo instituto. Tibaldo, conde de Hampaña, movido por los discursos y las virtudes del santo fundador, se resolvió á dejar el mundo, y vino á ofrecer á Norberto su persona y todo lo que poseía; pero el santo, que buscaba menos su gloria y el engrandecimiento de su órden, que el bien general de la Iglesia, le aconsejó que permaneciese en el siglo, en donde podia ser mas útil, haciendo que sus vasallos honrasen y sirviesen á Dios. Es muy digno de notar cuán puro ha sido el origen de las órdenes religiosas: la vida aus-

tera y desinteresada de los que se han consagrado á ellas, manifesta que estaban muy distantes de solicitar donaciones: sus inmensos trabajos para beneficiar las tierras, hasta entonces incultas; una administracion sábia y activa, han sido la principal fuente de sus riquezas.

SAN NORBERTO ES ELECTO ARZOBISPO DE MAGDEBURGO.

Dios, que habia elevado á San Norberto á tan alto grado de santidad, le destinaba á gobernar un gran pueblo, y edificar á toda la Alemania. Precicado á hacer un viage por negocios importantes, Norberto llegó á Espira, cuando el emperador Lotario habia reunido allí una asamblea para elegir al arzobispo de Magdeburgo: le suplicaron que predicase; y lo hizo con tan buen écsito, que los diputados de la Iglesia de Magdeburgo, le propusieron para la silla vacante; y sin darle tiempo para que lo pensase, se asieron de su persona, gritando: "He aquí á nuestro obispo, he aquí á nuestro padre." Lo presentaron al emperador, quien en union de todos los asistentes, aplaudió esta eleccion. Despues que el legado del papa, que se hallaba presente, confirmó la eleccion, llevaron al nuevo arzobispo á Magdeburgo. Desde que Norberto descubrió la ciudad donde iba á ser pastor, quiso continuar lo restante del camino descalzo. A su entrada en ella, concurrió un pueblo numeroso á ver á un hombre tan santo: el gozo era universal: lo llevaron en procesion á la Iglesia, y de la Iglesia al palacio arzobispal. Su ves-